



MATÍAS EMILIANO CASAS

Las metamorfosis del gaucho

Círculos criollos, tradicionalistas y política en la
provincia de Buenos Aires 1930-1960

prometeo
libros

LAS METAMORFOSIS DEL GAUCHO

Matías Emiliano Casas

Las metamorfosis del gaucho

Círculos criollos, tradicionalistas
y política en la provincia de
Buenos Aires (1930-1960)

prometeo
libros

Casas, Matías Emiliano
Las metamorfosis del gaucho : círculos criollos,
tradicionalistas y política en la provincia de Buenos Aires
1930-1960 / Matías Emiliano Casas. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-816-010-8

1. Historia Argentina. 2. Historia Política Argentina. I.
Título.
CDD 320.0982

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021
Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax: (54-11)4864-3297
info@prometeolibros.com
www.prometeolibros.com
www.prometeoeditorial.com

Diseño: R&S
Armado: María Victoria Ramírez - cutral@cutralediciones.com.ar
Corrección: Marina Florencia Rapetti

ISBN:
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Prohibida su reproducción total o parcial
Derechos reservados

Índice

AGRADECIMIENTOS.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 1.	
GENEALOGÍA DE UNA TRAMA: DE LA LITERATURA COSTUMBRISTA AL TRADICIONALISMO ..	27
1. El gaucho y la cultura letrada	27
2. El <i>Martín Fierro</i> como tradición literaria argentina	36
3. <i>Don Segundo Sombra</i> y la representación del gaucho adaptado	42
4. Lo gauchesco en las publicaciones periódicas	48
5. La revista <i>Caras y Caretas</i> y su número especial dedicado al gaucho	60
6. La carnavalización del gaucho	66
7. Entre el pericón y el tango	71
CAPÍTULO 2.	
EL DÍA DE LA TRADICIÓN: LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA “FIESTA GAUCHA”	81
1. La provincia de Buenos Aires bajo la gobernación de Manuel Fresco	81
2. La Agrupación Bases	84
3. La trayectoria de los socios	90
4. La institución provincial del Día de la Tradición.....	96
5. El gaucho en la ciudad. La Fiesta de la Tradición y su traslado al corazón de la urbe	102
CAPÍTULO 3.	
LOS CENTROS TRADICIONALISTAS: LA SOCIABILIDAD EN TORNO AL GAUCHO Y LA VIDA RURAL	113
1. Los tiempos fundacionales y el discurso nacionalista ligado al campo	113
2. El Círculo Criollo El Rodeo	119
3. La sociabilidad gaucha.....	123
4. La expansión de los gauchos	130
5. Capilla, catequesis y sacramentos para la evangelización de los socios	135
6. El Círculo Criollo Martín Fierro	139
7. Las lógicas tutelares en los centros tradicionalistas	142
8. Las normativas de la tradición.....	148
9. Los inmigrantes y los círculos criollos.....	152

CAPÍTULO 4.

LA POLÍTICA Y EL GAUCHO; LA POLÍTICA DEL GAUCHO.....	159
1. Los museos gauchescos como “templos redentores”.....	159
2. El Gobierno de facto de Pedro Ramírez ante las ofensas al gaucho.....	168
3. El monumento al gaucho: proyecciones y disensos.....	176
4. Polémicas en torno a las evocaciones gauchescas. Entre tradicionalistas y tradición.....	181
5. El academicismo y la tradición.....	186
6. El gaucho y la mujer: la interpretación de la escritora Herminia Brumana.....	193
7. ¿Proletario rural o vago y mal entretenido?.....	198
8. La apropiación de la figura del gaucho desde los partidos políticos.....	201
9. De Martín Fierro a Perón.....	210

CAPÍTULO 5.

LOS ESPACIOS DE CONFLUENCIA: EL GAUCHO COMO ARQUETIPO DE LA IDENTIDAD

NACIONAL ARGENTINA.....	223
1. La Virgen de Luján en el imaginario gauchesco.....	223
2. Las peregrinaciones gauchas a la Virgen de Luján.....	226
3. Los sacramentos para el gaucho del altar.....	231
4. Militares y tradicionalistas.....	235
5. La Agrupación Tradicionalista El Ceibo.....	241
6. El “gaucho milico”. Policía y Ejército en la literatura gauchesca.....	245
7. El gaucho a la escuela.....	248
8. Los nexos de la tradición.....	254
9. La Fiesta de la Tradición como espacio de convergencia.....	258

CAPÍTULO 6.

CONCLUSIONES.....	267
1. La ubicuidad del gaucho.....	268
2. La extensión del consenso y las voces disidentes.....	269
3. Transiciones y rupturas en torno al gaucho como emblema nacional.....	272
APÉNDICE.....	275
Cronología.....	275
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	277

Agradecimientos

Este libro constituye una parte sustancial de mi tesis doctoral que debe su mayor agradecimiento a los consejos, sugerencias y correcciones de mis dos directores: Jaime Peire y Pilar González Bernaldo. Junto con el arduo trabajo de ambos, deseo agradecer, también, los enriquecedores comentarios de Alejandro Cattaruzza, Raúl Fradkin, Oscar Chamosa, Martín Castro, Françoise Martínez y Carolina Barry.

Numerosos colegas y amigos han favorecido el desarrollo de mi investigación con sus lecturas, acompañamiento, aportes y respaldo: Samuel Amaral, Marta Poggi, Leonardo Fonte, Bernardino Pacciani, Mariano Di Pasquale, Pablo Ortemberg, Yanina Leonardi, Andrés Bisso, Alejandro Fernández y Hernán Bransboin. Mi gratitud infinita hacia todos ellos por su desinteresada colaboración. Del mismo modo, extendo mi agradecimiento a las instituciones que confiaron en mi trabajo: la Universidad Nacional de Tres de Febrero, la Université Paris Diderot y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas que me otorgó la beca con la cual se financió este estudio.

Por último, es oportuno agradecer a mi familia por los esfuerzos, las contemplaciones y el cariño cotidiano. Este libro no hubiese sido posible sin ustedes. En especial, a mi esposa, María Belén, por su incondicional apoyo, estímulo y comprensión.

Introducción

La relación de la figura del gaucho con la “argentinidad” se vio plasmada en diversos episodios contemporáneos. Más allá de las continuas asociaciones que se producen en el exterior identificándolo con la República Argentina, desde ese país también se ha marcado la pauta de esa vinculación. En 1978, con motivo de la celebración del Mundial de Fútbol, la mascota que representó el símbolo de ese evento intercontinental fue un gaucho denominado “mundialito”. La imagen había sido diseñada por Néstor Córdoba, un dibujante cordobés que trabajaba en el rubro de las historietas y de la animación desde la década del cincuenta. En los meses previos al mundial, Manuel García Ferré -creador de los personajes animados más afamados en Argentina- lo convocó para trabajar en un corto relacionado al evento futbolístico. Si bien la proyección cinematográfica no se concretó, de esa interacción surgió la imagen del “gauchito” que sería usufructuada por el gobierno de facto de Rafael Videla para promocionar el mundial. Se estima que por la inversión realizada en tecnología, más los adelantos de las transmisiones vía satélite, cientos de millones de personas alrededor del mundo habrían visualizado al gaucho argentino que encabezaba la iconografía mundialista.

La conexión evidenciada a partir de “mundialito” se manifestó en otros acontecimientos más recientes. El cardenal Jorge Bergoglio, en los años previos a erigirse como papa Francisco, máxima autoridad de la Iglesia católica en el mundo, fijó su atención en el gaucho Martín Fierro y lo identificó, no sólo como referencia para la “identidad nacional”, sino también como modelo de conversión y ejemplo de valores sociales para la convivencia armoniosa. Como se verá en este estudio, la interpretación del futuro obispo de Roma no constituía una novedad sino más bien fue un recurso recurrente que apuntalaron determinados sacerdotes para la propagación de los mensajes evangélicos. Bergoglio explicaba: “Lo que allí [en el *Martín Fierro*] se narra tiene que ver directamente con nosotros aquí y ahora, y no porque seamos gauchos o usemos poncho, sino porque el drama que nos narra Hernández

se ubica en la historia real, cuyo devenir nos trajo hasta aquí”.¹ Así trazaba líneas de continuidad con el presente argentino e invitaba a su lectura en pos de “aterrizar” desde el “mundo globalizado”. Esa referencia identitaria se actualizó en el año 2014, cuando, ya como Papa, celebró la “misa criolla” en el vaticano con ritmos y melodías características del folklore argentino.

En ese mismo año, dos eventos de gran repercusión revisitaron la ligazón del gaucho con la argentinidad. En abril, con motivo de conmemorarse el aniversario del inicio de la guerra en las Islas Malvinas, la presidenta de la República Argentina, Cristina Fernández de Kirchner, presentó un nuevo billete de 50 pesos. En el frente se muestra el contorno del archipiélago y en su dorso una imagen del gaucho Antonio Rivero domando su caballo con una mano y agitando la bandera nacional en la otra. Lo que se plasmaba en el billete era la concreción de una serie de reivindicaciones que la mandataria había difundido sobre el accionar del gaucho en diversos episodios. Antonio Rivero sería considerado como el “primer defensor de la soberanía argentina en las islas” a causa de su rebelión en 1833, cuando la invasión británica ya estaba consolidada. La presidenta argentina reprodujo la interpretación de historiadores revisionistas que habían reclasificado su accionar.² De ese modo, el patriotismo del gaucho quedaba materializado y su “afán soberano” se confirmaba al presentarlo como precursor de esa disputa.

El otro acontecimiento estuvo vinculado, nuevamente, a la órbita del fútbol y los mundiales. En ese caso no significó una interpretación desde la Argentina -fuese desde sus gobernantes o desde sus marcos institucionales- sino más bien una confirmación proveniente del exterior. La final de la copa del mundo desarrollada en Brasil, enfrentó a la selección de Alemania con la de Argentina. El equipo europeo se consagró campeón del evento y al momento de celebrar su triunfo recordaron la estrecha vinculación reseñada anteriormente. En la puerta de Brandeburgo, ante aproximadamente quinientos mil espectadores, los jugadores alemanes animaron al público a cantar: “*so gehen die Gauchos, die Gauchos gehen so. So gehen die Deutschen, die Deutschen gehen so.*” La entonación iba acompañada por una coreografía que simulaba tristeza para el andar de los gauchos y alegría para el caminar de los campeones. En esos festejos las estrellas futbolísticas evidenciaron conocer la “sinonimia” entre argentinos y gauchos. En efecto, el sustantivo se utilizaba en reemplazo del gentilicio lo que parecía cristalizar la equivalencia: argentino, igual gaucho.

¹ Jorge Bergoglio, “Una reflexión a partir del Martín Fierro”, en Sergio Rubín y Francesca Ambrogetti, *El jesuita, conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio*, Buenos Aires, Vergara Editorial, 2010, pp. 167-192.

² Ver, Mario Tesler, *El gaucho Antonio Rivero: la mentira en la historiografía académica*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1971.

Las identificaciones señaladas representan sólo una sintética muestra de las manifestaciones que ligaron -y ligan- al gaucho con la argentinidad. No es menester de este trabajo profundizar en los engranajes internos de esas interpretaciones en tanto no son parte de la cronología a abordar aquí. Si resulta fundamental en este estudio dilucidar cómo se constituyó esa estrecha relación. A partir del análisis de las fuentes se pretenderá desvelar cuáles fueron los sustentos para elaborar la representación del gaucho argentino. Al mismo tiempo, se comprenderá que esa correspondencia que aparenta estar sedimentada generó, no sólo interpretaciones alternativas, sino también disensos que la cuestionaron.

Este trabajo se empeña en problematizar y analizar la construcción, la circulación y las búsquedas de consenso de las representaciones del gaucho. Las metamorfosis a las que remite el título de este libro no se refieren a las transformaciones experimentadas por los gauchos en tanto sujetos característicos de la campaña decimonónica, sino más bien a los desplazamientos y reformulaciones de sus distintas representaciones. Es preciso aclarar, entonces, que no analizaremos aquí los cambios sufridos por el gaucho como trabajador campesino en orden a los procesos de modernización y modificación del espacio sino las formas, prácticas y simbólicas, en las que fue evocado.

En ese sentido, se toman como basamento teórico los estudios que se desarrollaron, desde diferentes disciplinas, sobre el concepto de “representación”. Henri Lefebvre realizó una reseña sobre la contribución de distintos pensadores en orden a esa categoría analítica. Así, condensó en su libro *La presencia y la ausencia, contribución a las teorías de las representaciones*, los aportes de los principales exponentes de la filosofía. Las pretensiones de Lefebvre, al abordar el tópico, se focalizaron en discernir entre las representaciones que permiten “explorar lo posible” y aquellas que, por su fascinación, obturan la aproximación analítica, en tanto “fijan al fijarse”.³ Se enfatizará aquí en la primera de las opciones de esa tensión que marca el autor, en tanto se procura que el estudio de las representaciones permita comprender no sólo lo fijado sino también las condiciones que posibilitaron su circulación.

El campo de investigación en relación a las “representaciones sociales” fue inaugurado en 1961 por Serge Moscovici. El autor las definió como construcciones simbólicas que “se crean y recrean” en el transcurso de las interacciones sociales.⁴ De ese modo, distanciaba el concepto de las representaciones colectivas descritas por Émile Durkheim y les reconocía su

³ Henri Lefebvre. *La presencia y la ausencia*, México Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 26.

⁴ Serge Moscovici, “On social representation”, en Josep Forgas (comp.), *Social cognition. Perspectives in everyday life*, Londres, Academic Press, 1981, pp. 180-181.

carácter dinámico.⁵ Jean Claude Abric, en su compilación titulada *Prácticas sociales y representaciones*, amplió las referencias conceptuales remarcando que la representación es: “una visión funcional del mundo que permite al individuo o al grupo conferir sentido a sus conductas y entender la realidad mediante su propio sistema de referencias y adaptar y definir un lugar para sí.”⁶ De hecho, la representación no sólo implica la posibilidad de adquirir sentido, sino que, como señaló Simon Guun, es un concepto estrechamente ligado a la construcción de la identidad.⁷

En efecto, las acciones que serán estudiadas en este trabajo se motorizaron a partir de las representaciones específicas que los actores fueron construyendo, más a partir de su interacción que por imposiciones externas, sobre su coyuntura y sobre su pretérito. En términos de Roger Chartier, la materialidad sobre la que operaron esas representaciones generó efectos de sentido particulares de lo representado pero también de los representados.⁸ Es decir, los reivindicadores del gaucho no sólo operaron mutaciones en el “objeto” representado, sino que también construyeron una narrativa simbólica sobre su propia participación como “legítimos” representantes de esa “tradicción nacional”.

La puesta en marcha de esas elaboraciones se articuló con los procesos identitarios que entraron en juego. En particular, con la continua búsqueda por cimentar la identidad nacional. Hacia finales del siglo XX, Stuart Hall daba cuenta de la “explosión discursiva” sobre el concepto de identidad que se evidenciaba desde diversas disciplinas. Esos enfoques se concentraron en una deconstrucción conceptual desde una perspectiva crítica que refutaba la noción de identidad como una cuestión esencialista, es decir, originaria, unificada e integral.⁹ En esa línea, el clásico trabajo de Benedict Anderson constituye un punto de partida válido al definir la nación como una “comunidad imaginada” construida socialmente por las élites en cuya difusión

⁵ Émile Durkheim definió a las representaciones colectivas como categorías abstractas que la sociedad impone a los individuos. Allí radica la principal diferencia con la propuesta de Moscovici quien reconoce que esas representaciones son producidas por los sujetos sociales. Ver, Émile Durkheim, “Représentations individuelle et représentations collectives”, en *Revue de Métaphysique et de Morales*, vol. IV, 1898, pp. 273-300.

⁶ Jean Claude Abric, *Prácticas sociales y representaciones*, México, Embassade de France, 2001, pp. 11-32.

⁷ Simon Guun, *Historia y teoría cultural*, Valencia, Universitat de Valencia, 2011, p. 182.

⁸ Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 2002, p. 45-62.

⁹ Ver, Stuart Hall, “¿Quién necesita identidad?”, en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), *Cuestiones de la identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, 2011, pp. 13-39.

quedan subordinadas otras identidades colectivas preexistentes.¹⁰ Se considera que esa operación fue implementada en el proceso de construcción de la nacionalidad argentina.

Lilia Bertoni en su libro *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas* estudió el aparato político-ideológico que se desarrolló en pos de consolidar la relación identitaria nacional, a fines del siglo XIX. El período allí abordado posibilitaba reconocer la emergencia de un tiempo complejo para esa construcción en tanto el “sentimiento nacionalista” parecía diluirse por la afluencia de inmigrantes. Las proclamas que apuntaban a los extranjeros como “factores disolventes” se reproducían taxativa y recurrentemente: Estanislao Zeballos, diputado nacional en 1887, exclamó en el Congreso: “¡Es que nosotros vamos perdiendo el sentimiento de la nacionalidad con la asimilación del elemento extranjero!”.¹¹ Esa afirmación sería reproducida por varias de las voces que se empeñaron en reivindicar al gaucho en las fiestas de la tradición.

En definitiva, ese proceso sería acompañado por una “narrativa de la identidad” que, en términos de Olga Lasaga Millet, implicaba la exposición de un conjunto de acontecimientos pretéritos, que no necesariamente respetaban un orden cronológico, y que les posibilitan a los individuos resignificar su presente.¹² Esa resignificación no revestía un carácter meramente nominal sino que evidenciaba una índole prescriptiva, incluso un carácter dogmático, que conllevaba la implantación de la identidad nacional. Esa característica emergió con notoriedad en el periodo que se analiza aquí.¹³

Durante los años treinta, el imaginario gauchesco, entendido desde una perspectiva sociológica como un motor de creación de realidad, se reprodujo sin la intervención directa de las instituciones que regulaban la estructura social.¹⁴ El filósofo Cornelius Castoriadis introdujo el concepto de imaginario social para dar cuenta de las modalidades en que las sociedades

¹⁰ Ver, Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

¹¹ Ver, Lilia Bertoni, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 38.

¹² Olga Lasaga Millet, *La identidad europea como construcción social compleja: análisis de la borrosidad en el discurso de la identidad europea generado mediante escenarios futuros*, Universitat de Barcelona, 2004, pp. 77-79.

¹³ Daniel Lvovich definió al nacionalismo como un “sustituto moderno de la religión”, ver, Daniel Lvovich, “Nación e imaginación” en Esteban Vernik et all, *Qué es una nación, la pregunta de Renan revisitada*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, pp. 65-80.

¹⁴ Ver Gastón Bachelard, *Poética de la ensoñación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977; Gilbert Durand, *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, Madrid, Taurus, 1981.

modernas concebían sus componentes.¹⁵ Es a partir de esa concepción que los integrantes de una sociedad pueden identificarse como miembros de la misma y reconocer las alteridades. En la línea de Castoriadis, los imaginarios sociales experimentan un proceso de creación incesante, en tanto productos de la imaginación colectiva, y sufren variaciones en estrecha relación a las transformaciones sociopolíticas y económicas.¹⁶

Hasta la apropiación oficial por parte del Gobierno de la provincia de Buenos Aires, a finales de esa década, las definiciones sobre lo gauchesco estuvieron limitadas a la participación civil. Bronislaw Baczko reconoce a los imaginarios sociales como espacios, y al mismo tiempo objetos, de conflicto. Es decir, su reproducción da cuenta de las conflictividades sociales, y su constitución se inserta en esa dinámica propia de disputas.¹⁷ Esas tensiones serán analizadas a partir de la intervención de los actores que se involucraron en la reconfiguración del imaginario gauchesco. Como plantea Edgar Morin la función de lo imaginario constituye una “estetización de lo real”.¹⁸ En ese punto, quienes evocaban la romántica figura del gaucho pretendían trascender a las condiciones reales y objetivas que les presentaba una campaña muy distinta a la que imaginaban en sus escritos.

El estudio sobre las representaciones del gaucho no resulta una empresa sencilla. Las numerosas publicaciones –muchas de circulación menor– que se produjeron en el período abordado conformaron un *corpus* de trabajos complejo de abarcar en su totalidad. En 1953, por ejemplo, una de las obras que será analizada en este estudio catalogaba más de 500 artículos, referencias iconográficas y ensayos publicados sobre el gaucho desde 1927. Esa multiplicidad de ediciones estaba compuesta por producciones provenientes de diversos espacios. En este libro, se contemplan las interpretaciones esbozadas en las publicaciones periódicas de tirada masiva atendiendo a su capacidad de circulación, pero también en las revistas y periódicos locales que formaban parte de un universo específico, frecuentemente soslayado. La originalidad de las fuentes pesquisadas radica en la atención central fijada en los archivos de los centros tradicionalistas bonaerenses. El acervo documental que se recuperó allí permitió reconstruir y analizar el entramado social, amplio y diverso, que se fue consolidado desde esos espacios. Esas asociaciones constituyeron un bastión para la reivindicación del gaucho y la tradición rural. Por constituir

¹⁵ Ver Cornelius Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Madrid, Tusquets Editores, 2013, pp. 269-273.

¹⁶ Los conceptos aportados por Cornelius Castoriadis se profundizaron posteriormente en, Lucian Boia, *Pour une histoire de l'imaginaire*, París, Les Belles Lettres, 1998.

¹⁷ Ver Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Bs.As., Nueva Visión, 1991, pp. 26-32.

¹⁸ Edgar Morin, *Le spritu du temps*, París, Libre du Poche, 1981, pp. 91-92.

su objetivo primario, en sus archivos, además de conservar las producciones específicas allí generadas, se condensaron numerosas publicaciones escritas, muestras fotográficas y representaciones iconográficas sobre los gauchos de la campaña.

En el transcurso del período se produjo un “resurgimiento gauchesco” impulsado por la intervención de las políticas gubernamentales –provinciales primero, nacionales después- que oficializaron la figura del gaucho como emblema nacional. Ese fenómeno se cristalizó en la provincia de Buenos Aires con la institución del Día de la Tradición en 1939. Las hipótesis que guían el desarrollo de este trabajo diseñan los objetos de estudio que se analizarán en cada uno de los capítulos. Es objetivo de este estudio corroborar si el aval político que recibió el gaucho lejos de sedimentar una inequívoca interpretación sobre su figura, motorizó nuevos campos de disputa. En ese sentido, los centros tradicionalistas funcionaron como puntos de encuentro de sectores de la Iglesia católica, las Fuerzas Armadas, los partidos políticos y del ámbito educativo que se convocaron para difundir una representación particular del gaucho. Esa convergencia habría promovido, de un modo dinámico y vivificado, la emergencia del “gaucho patriota” que se presentaba como recurso y referencia para consolidar la identidad nacional.

Esta investigación se circunscribe al espacio de la provincia de Buenos Aires en tanto fue escenario de la oficialización del gaucho, durante la gobernación de Manuel Fresco en 1939, y se convirtió en epicentro de las disputas y reivindicaciones. Al recortar el marco geográfico cabe aclarar que -incluso durante este período- las representaciones del gaucho circularon y se debatieron también en otras provincias. La narrativa tradicionalista aquí analizada proponía al “gaucho pampeano” como “arquetipo de la tradición nacional”. Esa operación conllevaba un proceso complejo que pretendía expandir -no sin reacciones y adaptaciones- la figura del gaucho como una fuerza centrífuga desde Buenos Aires hacia las provincias del interior. De ese modo, la región bonaerense adquiriría centralidad no sólo desde una perspectiva práctica, dado que era escenario de las pujas y exaltaciones en torno al gaucho, sino desde un enfoque subjetivo que pretendía incorporarla a ese relato como espacio relevante entre las geografías del país.

Como se señalará aquí, el entramado social construido desde las asociaciones tradicionalistas bonaerenses fomentó la expansión de sus “fiestas gauchas” hacia otras regiones de la Argentina. La provincia de Buenos Aires se posicionaba a la vanguardia de la consolidación del gaucho como símbolo de la nacionalidad no solo por la legislación vigente desde 1939 sino por los mecanismos de expansión de los círculos criollos que proliferaban en su interior. Además, esos procesos fueron acompañados por una literatura cos-

tumbriata que promovía la supremacía de la región pampeana como núcleo de la tradición nacional.

En ese sentido, la propuesta de exaltar al gaucho y confirmarlo -desde Buenos Aires- como referencia identitaria para toda la nación pretendía saldar la compleja cuestión de su origen. Así sería entendido por los centros criollos que promoverían la condición de pampeano como un componente insoslayable de los “legítimos gauchos”.

El abordaje de las modalidades de interpolación del “gaucho pampeano” en el territorio argentino excede las posibilidades de este trabajo. En efecto, las multiplicidades que se enfatizaron en Buenos Aires -fuese de producciones escritas o de manifestaciones públicas- constituyeron un campo intenso que conllevaba sus problemáticas particulares. En conclusión, si bien se realizarán someras referencias a otras provincias, la proyección de realizar un estudio exhaustivo y documentado sobre las representaciones del gaucho en diversos territorios de la Argentina implicaría una labor particular.

La presentación del gaucho como arquetipo para la identidad conllevaba una reconfiguración del “pasado nacional” para establecerlo como personaje protagónico en los sucesos más destacados por la historiografía tradicional. Las instituciones y los poderes, como plantean François Hartog y Jacques Revel, tienen la tentación recurrente de movilizar las fuentes cognitivas, argumentativas, y simbólicas del pasado, de acuerdo a sus intereses.¹⁹ Esa movilización se evidenció desde las voces tradicionalistas que incorporaban al gaucho en la defensa de Buenos Aires ante las invasiones inglesas, en la Revolución de Mayo y en los ejércitos independentistas que combatieron a las tropas realistas. En definitiva, de acuerdo a la interpretación de Alejandro Cattaruzza: “la representación del pasado siempre se trata de una competencia y un debate entre varias lecturas de la historia. Esos debates tienen un objeto declamado, constituido por las imágenes del pasado, y otro implícito, que se define en el presente y está asociado a los conflictos político-sociales del momento.”²⁰ Las representaciones del gaucho implicaron una relectura sobre la “historia patria” motivada, y posible de comprender, desde los contextos que la vehiculizaron.

La cronología adoptada para desarrollar este análisis tiene su punto de inicio en 1930. Durante esa década se exacerbaban las preocupaciones por la identidad nacional: aspectos económicos, políticos y sociales habían motivado el resurgimiento de la “fiebre nacionalista”. La crisis económica, el golpe de Estado que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen, los núcleos nacionalistas,

¹⁹ François Hartog y Jacques Revel dir., *Les usages politiques du passé*, París, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001, pp. 13-24.

²⁰ Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910-1945*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007, p. 19.

el cosmopolitismo, la coyuntura belicosa internacional, entre otros aspectos, catapultaron las reafirmaciones sobre la necesidad y urgencia de cristalizar el patriotismo argentino. Paralelamente, la figura del gaucho iba transitando un proceso reivindicatorio que había comenzado con la reclasificación del poema *Martín Fierro* como obra épica de la literatura nacional.

Esa operación, concretada por Leopoldo Lugones en 1916, había habilitado una lectura positiva del gaucho. En ese sentido, resulta menester para este trabajo reseñar la circulación de las representaciones motivadas por la literatura gauchesca en los años previos a la década del treinta. Se considera que a partir de diversas expresiones artísticas como los poemas gauchescos, la música o el carnaval se condensó un bagaje que resultaría funcional para la ligazón del gaucho con lo “argentino”. Por ese motivo, en una primera parte de este libro se analizará lo que denominamos como “genealogía de una trama”. Es decir, las reconfiguraciones elaboradas sobre la figura del gaucho -principalmente a partir de los afamados personajes literarios- desde comienzos del siglo XX, en tanto antecedentes insoslayables para lo que constituye el núcleo de nuestro estudio. Ese sucinto recorrido permitirá reconocer la embrionaria identificación del gaucho con la “argentinidad” y sus canales de difusión. Los esfuerzos por cristalizar la identidad nacional y la plausibilidad de utilizar al gaucho para esos objetivos culminaron a finales de la década con la apropiación gubernamental.

La oficialización del gaucho legitimaría las representaciones ensayadas en las décadas sucesivas. La finalización de este libro a comienzos de la década del sesenta no implica la decadencia del gaucho en tanto objeto de interés. Por el contrario, se considera que su utilización por parte de muchos cantautores folklóricos de protesta reavivó su carácter denunciante. Esa representación del gaucho tensionaría las interpretaciones que se sostenían desde las instituciones gubernamentales. Esa contradicción entre el “gaucho disruptivo” y el que celebraba el *statu quo* en las Fiestas de la Tradición implicaría ampliar el universo de análisis hacia fronteras que exceden los límites de este trabajo. A partir de allí, se puso de relieve una representación del gaucho que circuló, generalmente, por fuera de las instituciones -oficiales y civiles- y que se focalizó en la crítica aguda de las injusticias sociales de la época. Esas instituciones, que habían consolidado sus perspectivas para pensar al gaucho durante los años aquí estudiados, se encontrarían, entonces, con un nuevo escenario que reconfiguraría las disputas. Se considera que finalizar el estudio en 1960 da cuenta de los objetivos trazados aquí, y, al mismo tiempo, desvela la proyección de analizar los procesos contiguos en futuras investigaciones.

El contenido y la cronología de este trabajo convocan al diálogo con otras investigaciones que se ocuparon de los tópicos del gaucho y la tradición nacional. Un estudio clásico es *El discurso criollista en la formación de*

la *Argentina moderna*, publicado por Adolfo Prieto en 1988. En ese texto, el autor aborda el campo de lectura que se configuró a partir de la literatura popular criollista desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la coyuntura de la celebración del centenario de la Revolución de Mayo. Sus estudios constituyen un aporte significativo a los intereses de este trabajo en tanto analiza las funciones del criollismo dando cuenta de la circulación y los usos de esas producciones literarias en diversos espacios de la cultura en un período precedente al abordado aquí. Empero, al proyectar su análisis sobre la década del veinte, Prieto esboza una perspectiva apocalíptica para la supervivencia de esas experiencias.²¹ Quizá en su esfuerzo por establecer un punto de clausura a su investigación se vio forzado a sugerir un momento terminal del proceso estudiado. Es menester de este trabajo, que contempla el período inmediatamente posterior, remarcar que lejos de vivenciar el comienzo de su decadencia, en las décadas sucesivas a las estudiadas por Prieto, las manifestaciones políticas, institucionales y culturales exacerbaron la reproducción de los tópicos criollistas.

Otro análisis proveniente de la literatura, que se erigió como libro de consulta ineludible en cuestiones de criollismo y literatura gauchesca, es la obra de Josefina Ludmer: *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*. En ese caso, la investigación representa una valiosa contribución en la especificidad de la disciplina. Al mismo tiempo, el abordaje de la cadena de usos que la autora realiza sobre el género se complementa con las operaciones que serán analizadas aquí. Es decir, la decisión deliberada de “darle voz” al gaucho para ajustarla a diversos intereses resultará un denominador común en la construcción de sus representaciones. La pretensión de articular esta investigación a las de la disciplina lingüística elaboradas por Ludmer radica en revisitar la mutación sobre la figura del gaucho que allí se plantea. La autora considera que el género gauchesco operó dos sentidos siempre dicotómicos en relación al gaucho como “hombre argentino”, cuestión que se analiza desde la redacción del *Martín Fierro* y los desplazamientos que se producen en las dos partes que lo componen.²² Así planteada, la puja por su significado omite una variedad de representaciones que se conjugaron y se disputaron más allá de la oposición entre “gaucho bueno” y “gaucho malo”. La persistente tensión entre panegiristas y detractores puede conformar un obstáculo que se pretenderá resolver en el enfoque que guiará este trabajo. De hecho, sostener una perspectiva maniqueísta para analizar la figura del

²¹ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1988, p. 184.

²² Ver, Josefina Ludmer, *El género gauchesco, un tratado sobre la patria*, Buenos Aires, Libros Perfil, 1988, pp. 43-53.

gaucho resultaría una práctica obturadora, que no se corresponde con los intereses de esta investigación.

Desde el campo de la historia socio-cultural, la tesis de Oscar Chamosa sobre la expansión del folklore y de la cultura del noroeste argentino hacia Buenos Aires, encuentra puntos de contacto evidentes con este trabajo. El primero de ellos es la cronología seleccionada en tanto el autor contempla, dentro de su recorte, el período aquí estudiado. El segundo es la perspectiva de analizar cómo a partir de manifestaciones artísticas –en este caso particularmente la música- se construyó una representación del trabajador rural de esa región argentina notoriamente tergiversada de las experiencias laborales complejas que se experimentaban en los ingenios azucareros. El tercer punto de contacto es insertar ese proceso en las denodadas búsquedas por definir la identidad nacional argentina, en pos de comprender la funcionalidad del folklore para esa construcción. En ese sentido, el autor plantea que el movimiento folklórico se complementó con el discurso criollista en tanto compartían una narrativa común sobre la supremacía de la cultura rural en detrimento del cosmopolitismo urbano.

Chamosa afirma que el trabajo de los folkloristas llevó la cultura de los campesinos de los valles andinos al centro de la representación de la nacionalidad argentina. En su estudio, señala la expansión de los centros criollos bonaerenses en la década del cuarenta y menciona la sanción del Día de la Tradición en el contexto de institución de otras festividades. Se considera –y se pretende demostrar con esta investigación- que esos indicadores daban cuenta de un incremento en la circulación de los tópicos gauchescos como una “cruzada” complementaria a la impulsada por los barones del azúcar y los folkloristas del norte.²³ En efecto, si bien los documentos y los argumentos presentados por Chamosa dan cuenta de las políticas expansivas del folklore, esas medidas se encontraron en Buenos Aires con legislaciones y manifestaciones diversas que reivindicaban para el “gaucho pampeano” la representación de la nacionalidad. Como se verá aquí, en general la narrativa del gaucho se articulaba con los relatos románticos sobre la pampa que pretendían consolidar esa relación como núcleo de referencia para todos los argentinos.

El estudio de Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian sobre la apropiación estatal de la figura del gaucho analiza la idea de centralidad que ostentaba en la provincia de Buenos Aires a fines de la década del treinta. El

²³ Oscar Chamosa, *The Argentine folklore movement. Sugar elites, criollo workers, and the politics of culture nationalism, 1900-1955*, Arizona, The University of Arizona Press, 2010, pp. 22-26. Un resumen de esa investigación, que se complementa extendiendo la cronología hasta 1970, en, Oscar Chamosa, *Breve historia del folclore argentino (1920-1970), identidad, política y nación*, Buenos Aires, Edhasa, 2012.

sucinto artículo que publicaron constituye un precedente insoslayable para este trabajo. Allí se realiza una breve reseña desde la publicación del *Martín Fierro* hasta la sanción del Día de la Tradición. En ese recorrido, se señala la incipiente disputa política y simbólica por el gaucho. Además se reconocía, sin ahondar en la cuestión, la pervivencia de discrepancias para las operaciones que lo ligaban con la identidad nacional. Como se confirmará aquí a partir de sus múltiples usos, la consideración del poema de José Hernández como una “pieza clave de la identidad colectiva” se pondría de relieve –con marcada intensidad- a partir de la institución de la Fiesta de la Tradición.²⁴

Otro de los artículos que señaló la pervivencia de disputas y reinterpretaciones sobre al gaucho fue publicado por Raúl Fradkin en *Annales HHS*. En ese texto, que se focaliza en las últimas décadas del siglo XIX y principios del siglo XX, el autor analiza la construcción del “mito gaucho” reconociendo su basamento en la literatura gauchesca primero, y en la historiografía después.²⁵ En su conclusión, remarca que la enunciación, la interpretación y la difusión de ese “mito” es un proceso abierto, jamás cerrado ni totalmente cristalizado.

Al margen de las investigaciones reseñadas, una multiplicidad de ensayos –lejos de atender los usos y desusos- pretendió delimitar la semántica del término “gaucho” y cristalizar sus características “auténticas”.²⁶ No es menester de este trabajo sumergirse en los intentos por definir quiénes fueron los gauchos. Se pretende aquí, en cambio, volver inteligible qué representaciones se construyeron a partir de aquellos “hombres de la pampa”. Es decir, qué

²⁴ Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, “Héroes patricios y gauchos rebeldes”, en, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*, Madrid – Buenos Aires, Alianza Editorial, 2003, p. 262.

²⁵ Raúl Fradkin, “Centaures de la Pampa. Le gaucho, entre l’histoire et le mythe” en *Annales HSS*, janvier-février, n°1, 2003, pp. 109-133.

²⁶ Para mencionar sólo algunos ejemplos de las investigaciones que pretendieron cristalizar una definición sobre el gaucho: Ricardo Rodríguez Molas focalizó en la situación social de los gauchos para definirlos no como una raza sino como una “clase social”, expoliada y segregada en los regímenes productivos de la campaña rioplatense, ver, Ricardo Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, Ediciones Marú, 1968; En la década del ochenta varios historiadores compilaron en un dossier su perspectiva para pensar el devenir de los gauchos: En el *Anuario IEHS*, II Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 1987, se publicaron, Carlos Mayo, “¿Una pampa sin gauchos?”, Juan Carlos Garavaglia, “¿Existieron los gauchos?”, Samuel Amaral, “Trabajo y trabajadores rurales en Buenos Aires a fines del siglo XVIII” y Jorge Gelman, “¿Gauchos o campesinos?”. El último autor, resaltando las vicisitudes económicas del escenario rural publicó, “El gaucho que supimos conseguir. Determinismo y conflicto en la historia argentina”, en *Entrepasados*, año 5, n° 9, 1995. El historiador uruguayo Fernando Assunção ensayó una definición que contradecía la perspectiva de Molas reposicionando al gaucho como “producto axial de la cultura de las pampas húmedas” y desestimando su condición de “marginal”, Fernando Assunção, *Historia del gaucho. El gaucho: ser y quehacer*, Buenos Aires, Claridad, 1999.

se configuraba sobre el gaucho, quiénes eran los actores que intervenían en esas configuraciones, por qué se elucubraban disímiles interpretaciones, para qué, cuáles eran las condiciones de posibilidad para la circulación de esos discursos, qué denominadores comunes se destacaban en esas operaciones y qué manifestaciones motorizaron. Esos serán los ejes estructurantes de este trabajo.

Como resultado de esta investigación se recopiló un *corpus* de fuentes que se compone de documentos, publicaciones, imágenes, audios y archivos, variados y numerosos.²⁷ Además de los archivos específicos de los círculos criollos, se consultaron revistas de interés general, boletines académicos, periódicos de tirada masiva, diarios locales, declamaciones públicas, transcripciones de discursos, libros y ensayos. Esos documentos plasman una serie de interpretaciones sobre el gaucho que no necesariamente se encontraban ligadas a los intereses del ámbito tradicionalista. Por ese motivo, constituyen un elemento central para reconocer las voces disidentes y las repercusiones que iba generando el resurgimiento gauchesco. Al mismo tiempo, la opción por recolectar fuentes producidas desde distintos ámbitos favorece el cruce de información y la reconstrucción de una realidad compleja que no se simplificaba en lo delineado desde las políticas del gaucho.

La presentación de los resultados de la investigación no se realiza desde una narrativa cronológica lineal sino más bien se estructura en una lógica sincrónica que pretende reconstruir las representaciones del gaucho a partir del entramado social tradicionalista y las políticas que atravesaron su funcionamiento. La propuesta no consiste en estudiar lo gauchesco *per se*, desde una perspectiva teleológica; por el contrario, se afana en identificar sus condiciones de circulación y reproducción, y los intereses que impulsaron esas operaciones. En pos de cumplir ese objetivo, la metodología empleada consistirá en poner de relieve la utilización de la figura del gaucho –y las reacciones frente a esos usos- para dar cuenta de sus engranajes internos.

Este trabajo se compone de cinco capítulos, cada uno de los cuales constituye un eslabón particular para la secuencia argumentativa presentada. La perspectiva del análisis se caracteriza por comenzar con un enfoque amplio que permite identificar un panorama general en orden a la circulación de

²⁷ La pesquisa para este estudio se realizó en diversas bibliotecas como: la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Nacional del Maestro, la biblioteca del Senado de la Provincia de Buenos Aires, la biblioteca del Círculo Militar, la biblioteca del Museo Almagro, la biblioteca del Museo Metropolitano, la biblioteca del Cedinci, la Biblioteca Nacional de Francia y la biblioteca del Iberoamerikanisches Institut. Además, se consultaron los siguientes archivos: Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación, Archivo de la Agrupación Bases, Archivo del Círculo Criollo El Rodeo, Archivo del Círculo Criollo Martín Fierro, Archivo del Parque Criollo y Museo Gauchesco Ricardo Güiraldes, y Archivo del Museo Histórico Regional de Ayacucho.

tópicos gauchescos en la década del treinta. Luego, la mirada se agudiza en una suerte de *zoom* que focaliza en los intereses particulares de los centros tradicionalistas y las políticas del gaucho y la tradición. Para finalizar, la lente se retrotraerá nuevamente, en ese caso para dar cuenta de los espacios de intercambio y de los núcleos en común generados a partir de la dinámica de las asociaciones gauchas y los festejos criollos.

El primer capítulo se corresponde a una búsqueda introductoria que dé cuenta de los orígenes de las representaciones del gaucho. En efecto, el período allí abordado excede -en parte- la cronología de este trabajo. Sin embargo, se considera pertinente la reseña en tanto los temas emergentes resultan fundamentales para los procesos profundizados a partir de la década del treinta. El abordaje se dirigirá, entonces, hacia las producciones clásicas de la literatura gauchesca y las reconstrucciones que a partir de los protagonistas de esos relatos se realizaron con posterioridad. Además, uno de los objetivos centrales del capítulo remite a presentar el espacio de circulación -amplio y variado- de los componentes del imaginario gauchesco en los años previos a su oficialización en la provincia de Buenos Aires.

En el segundo capítulo se estudia un momento bisagra para las representaciones del gaucho: la institución del Día de la Tradición en la provincia de Buenos Aires en 1939. Si bien se analizan los debates legislativos y las intervenciones de los políticos que presentaron sus interpretaciones sobre el gaucho y la nueva efeméride, el estudio focaliza en la agrupación que concibió el proyecto y promovió su aprobación. La Agrupación Bases que se había fundado como una sociedad literaria en la ciudad de La Plata, capital bonaerense, fue la promotora de la conmemoración. A partir del impulso oficial, las experiencias asociativas a partir del gaucho y la tradición se diseminaron en la provincia, incrementando su visibilidad en el período aquí estudiado.

El tercer capítulo indaga la composición interna, la estructura jerárquica, el entramado social construido, las dificultades económicas, las referencias iconográficas, las lógicas tutelares y el carácter normativo de esos círculos criollos. El estudio se concentra en el análisis del archivo de dos asociaciones que se consideraron referencia y modelo para el noroeste bonaerense: el Círculo Criollo El Rodeo y el Círculo Criollo Martín Fierro.

Los gauchos de esos centros, particularmente los de El Rodeo, le imprimieron a las instituciones una matriz política que se afanaron en explicitar en cada festejo popular.

En el capítulo 4 se estudian las políticas, proyectadas y/o implementadas, sobre la figura del gaucho y la tradición. Allí se destacan las disputas partidarias por definir una representación del gaucho adherido a sus ideologías. El tutelaje conservador que se había cristalizado a finales de los años treinta y principios de los cuarenta fue disputado por el peronismo, cuya emergen-

cia a mediados de esa década trastocó todas las dimensiones de la sociedad argentina. Desde la interpretación del presidente Juan Perón hasta las conferencias organizadas por Ministerios dependientes del Estado se trazaron líneas de continuidad e identificación entre los gauchos de la campaña y los trabajadores rurales contemporáneos que se beneficiaban por las políticas laborales del mandatario. Los tradicionalistas de El Rodeo, entre otros, confirmaron esa relación.

Por último, el capítulo 5 se ocupa de estudiar las relaciones que se tejieron desde los centros tradicionalistas con representantes de otras instituciones. En ese punto se analizará la construcción de un entramado social que involucraba diversos actores y que fomentaban usos particulares de la figura del gaucho. Se pondrán en evidencia, entonces, los lazos vinculares con sacerdotes de la Iglesia católica, con personal subalterno y jerárquico de las Fuerzas Armadas, con funcionarios del Estado y con docentes y directores de escuelas públicas que se integraban a los festejos tradicionalistas para celebrar al símbolo de la nacionalidad argentina.

Capítulo 1.

Genealogía de una trama: de la literatura costumbrista al tradicionalismo

El estudio de las representaciones del gaucho conlleva, necesariamente, el abordaje de las producciones más significativas de la literatura gauchesca. Las narrativas literarias constituyeron el punto de inicio desde el cual se elucubraron diversas interpretaciones sobre la semántica del vocablo “gaucho” y sus características constitutivas. A partir de allí, el imaginario gauchesco se puso de relieve en diferentes publicaciones desde artículos, cuentos, poemas y hasta publicidades que apelaban a tópicos camperos para promocionar productos de consumo. Las elaboraciones propuestas desde la literatura fueron resignificadas en las manifestaciones artísticas que convocaban a públicos diversos, como el carnaval y la música. El análisis de esos elementos permite reconstruir un bagaje plausible sobre la figura del gaucho que conformaría un precedente para las disputas manifestadas a partir de su oficialización en la provincia de Buenos Aires hacia finales de la década del treinta.

1. El gaucho y la cultura letrada

Los estudios sobre el género gauchesco proliferaron en distintos momentos del siglo XX.²⁸ Los lingüistas suelen consensuar en la periodización de la literatura gauchesca y demarcan el comienzo con los cielitos de Bartolomé Hidalgo, en el contexto de las luchas por la independencia, y la finalización con el poema *Martín Fierro* de José Hernández en 1879. Como plantea Julio

²⁸ Sobre el género gauchesco ver, entre otros estudios, José M. Furt, *Lo gauchesco en la “Literatura Argentina de Ricardo Rojas”*, Buenos Aires, Imprenta y casa editora “Coni”, 1929; Jorge Luis Borges, *Poesía gauchesca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955; Fernando Casullo, *La poesía gauchesca rioplatense popular y culta*, Buenos Aires, Peña Lilla Editor, 1963; Leónidas Lamborghini, *Risa y tragedia en los poetas gauchescos*, Buenos Aires, Emecé, 2008.

Schvartzman, lo corto de su duración no significó su extinción en el campo de la cultura popular ni como objeto de estudio, por el contrario, el tono descubierto por la gauchesca contribuyó a su perduración.²⁹ El registro de la lengua y la métrica de los versos constituyeron una ruptura en el campo de lo poético. Por su parte, los autores que se inscribieron en el movimiento de la literatura gauchesca realizaron una opción por el público que se evidenciaba en el estilo adoptado para sus textos: en efecto, se dirigieron a los estratos rurales que se habían visto movilizados a partir del proceso independentista en el Río de la Plata.³⁰

El examen minucioso del derrotero del género durante el siglo XIX excede los límites de este estudio. Empero, las representaciones y contradicciones que emergieron a partir de los escritos literarios constituyen un interesante precedente de lo que se consolidaría como campo de disputa décadas después. Los trabajos de Ángel Rama se consolidaron como un clásico para los estudios de la literatura gauchesca. En el libro *Los gauchipolíticos rioplatenses*, identifica cuatro etapas del género gauchesco en el siglo XIX a partir del protagonismo de distintos autores. La primera se abre con los escritos de Bartolomé Hidalgo y se concentra en el período revolucionario de 1810 hasta la ascensión de Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires en 1829.³¹ La segunda etapa se caracteriza por el posicionamiento de los poetas al servicio de las luchas facciosas desatadas en torno al rosismo,

²⁹ Para Schvartzman, en consonancia con los trabajos de Elida Lois, el tono de la gauchesca era lo que excedió al género y facilitó su pervivencia. Ver su estudio sobre la literatura gauchesca en relación a su contexto de producción y sus textos producidos y las tensiones entre oralidad y escritura, Julio Schvartzman, *Letras gauchas*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013; Ver, también, Elida Lois, “Cómo se escribió y desescribió *El gaucho Martín Fierro*”, en *Orbius Tertius*, Año III, número 9, Universidad de La Plata, 2002, pp. 19-33.

³⁰ Tulio Halperín Donghi señala, en relación al público destinatario y los objetivos de los mensajes producidos desde la literatura gauchesca, un momento de ruptura que el propio José Hernández pretende dejar asentado al distanciarse de las elaboraciones anteriores. El historiador afirma: “Hernández [...] procura por su parte abolir esa distancia [élite-plebe] mediante esa identificación plena con su persona poética-popular que estaba vedada tanto a los gauchi-políticos del ciclo de la guerra civil, que escribían de política para los gauchos, como a un Ascasubi y un Del Campo que han dejado de ser poetas de facción, ahora escriben para sus pares acerca de unos gauchos de los que los distancia en un caso el sentimentalismo nostálgico, en el otro, la ironía.” Tulio Halperín Donghi, *José Hernández y sus mundos*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1985, p. 283.

³¹ Sobre la producción literaria de Bartolomé Hidalgo ver, entre otros, Rogelio Demarchi, “El ideologema de la revolución. Los cielitos de Hidalgo” en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, N° 38, año XIII, marzo-julio de 2008; Olga Fernández Latour de Botas, *Bartolomé Hidalgo, un patriota de las dos Bandas. Obra completa del primer poeta gauchipolítico rioplatense*, Buenos Aires, Stockcero, 2007.

con la protagónica participación de Hilario Ascasubi y Luis Pérez.³² Desde la batalla de Caseros de 1852 hasta 1872, Ángel Rama reconoce una tercera etapa, caracterizada como una transición a partir de las publicaciones de Estanislao del Campo, discípulo de Ascasubi.³³ El último ciclo lo inaugura la aparición de *Los tres gauchos orientales* del uruguayo Antonio Lussich y *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández en 1872.³⁴ Hacia finales de la década del setenta, las versiones revisadas de sus obras representaban la progresiva adecuación al orden liberal que, en el caso de Argentina, se había ejecutado a partir de la presidencia de Bartolomé Mitre en 1962.

El recorrido, lineal y esquemático, planteado por Rama permite introducir la “cadena de usos” en torno a la figura del gaucho, definida por Josefina Ludmer. La autora presenta la utilización de “la voz del gaucho” por parte de la cultura letrada y a su vez el uso del género para integrar los gauchos a la ley.³⁵ En esa línea, el político unitario Valentín Alsina planteaba: “Como este género tiene tanta aceptación en cierta clase inculta de nuestras sociedades puede ser un vehículo que una administración sagaz sabría utilizar para instruir a esas masas y transmitirles sucesos e ideas de los que, de otro modo, nada saben ni nada se les importa”.³⁶ Para Ludmer, *La vuelta de Martín Fierro* es el texto más didáctico de la literatura argentina en el cual se pauta la división definitiva entre “gaucho legal” y “gaucho ilegal”.³⁷

Esa utilización que se pone de relieve en el estudio del género gauchesco se puede focalizar en las representaciones de dos personajes: Santos Vega y Juan Moreira. El repaso sobre las interpretaciones que motivaron esas historias anticipa las numerosas operaciones que, como se verá más adelante en este trabajo, se construyeron sobre el protagonista más reconocido de la literatura gauchesca. El antropólogo alemán Roberto Lehmann Nitsche publicó en

³² Sobre esa etapa de la literatura gauchesca ver Lily Sosa de Newton, *Genio y figura de Hilario Ascasubi*, Buenos Aires, Eudeba, 1981; Julio Schwartzman, “Unitarias y federalas en la pasarela gauchipolítica” en *Microcrítica. Lecturas argentinas, cuestiones de detalle*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 1996, pp. 117-133; José Gobello, *Ascasubi lexicógrafo*, Buenos Aires, Marcelo Héctor Olivieri Editor, 2003.

³³ La obra cumbre de Estanislao del Campo fue *Fausto: impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera*, Buenos Aires, Imp. “Buenos Aires”, 1866. Sobre una lectura actualizada de la obra de del Campo ver Rafael Bonilla Cerezo, *Dos gauchos retrucados: una nueva lectura del Fausto de Estanislao del Campo*, Alicante, Universidad d’Alicant, 2010.

³⁴ Antonio Lussich, *Los tres gauchos orientales*, Montevideo, Imprenta La Tribuna, 1872; José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Imprenta La Pampa, 1872.

³⁵ Josefina Ludmer, *El género gauchesco...*, op. cit., pp. 21-84.

³⁶ Citado en Ángel Rama, *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1994, p. 85.

³⁷ Josefina Ludmer, *El género gauchesco* op. cit., pp. 233-263.